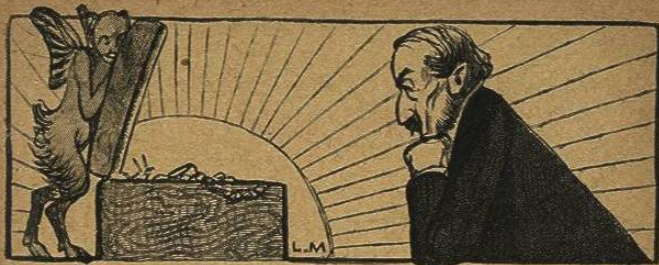


LAS JOYAS

L.M.



## LAS JOYAS

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR  
BIBLIOTECA UMSA  
"Año 1925"  
"Calle 1625 Montenegro"

LA conoció el señor Lantin en una reunión que hubo en casa del subjefe de su oficina, y el amor envolvióle como una red.

Era hija de un recaudador de contribuciones de provincia, muerto años atrás, y había ido á París con su madre, la cual frecuentaba el trafo de algunas familias burguesas de su barrio, con la esperanza de casarla.

Dos mujeres pobres y honradas, amables y tranquilas. La muchacha, modelo de mujer honesta, como la soñaría un joven prudente para confiarle su porvenir. Su hermosura plácida ofrecía un encanto

angelical de pudor, y la imperceptible sonrisa que no se borraba de sus labios, parecía un reflejo de su alma.

Todo el mundo cantaba sus alabanzas; cuantos la conocieron repetían sin cesar: «Dichoso el que se la lleve; no podría encontrar cosa mejor.»

Lantín, entonces oficial primero de negociado en el ministerio del Interior, con tres mil quinientos francos anuales, la pidió por esposa y se casó con ella.

Fué verdaderamente feliz. Su mujer administraba la casa con tan oportuna economía, que aparentaban vivir hasta con lujo. Ella prodigó á su marido todo género de atenciones, delicadezas y mimos; era tan grande su encanto, que, á los seis años de haberla conocido, la quería más aún que al principio.

Solamente le desagradaba que se aficionase con exceso al teatro y á las joyas falsas.

Sus amigas, algunas mujeres de modestos empleados, la regalaban con frecuencia localidades para ver obras aplaudidas y hasta para algún estreno, y ella compartía esas diversiones con su marido, al cual fatigaban horriblemente, después de un día de trabajo. Por fin, para librarse de trasnochar, la rogó que fuera con alguna señora conocida, que pudiese acompañarla cuando acabase la función. Ella

tardó mucho en ceder, juzgando inconveniente la proposición de su marido; pero al cabo decidióse á complacerle, y él se alegró muchísimo

Su afición al teatro, despertó bien pronto en ella el deseo de adornarse. Su tocado era siempre muy sencillo, de buen gusto y modesto; su gracia encantadora, su gracia irresistible, suave, sonriente, adquiriría mayor atractivo con la sencillez de sus trajes; pero tomó la costumbre de prender en sus orejas dos trozos de vidrio tallados como brillantes, y llevaba también collares de perlas falsas, pulseras de similar, y peinetas adornadas con cristales de colores que imitaban piedras finas.

Disgustado por aquella inconveniente afición á la quincalla, le decía con frecuencia su marido: «Hijita, la que no puede comprar joyas verdaderas, no debe lucir más adornos que la belleza y la gracia, que son las mejores joyas.

Pero ella, sonriendo dulcemente, contestaba: «¿Qué quieres?, me gusta, es un vicio; ya sé que tienes razón; pero no puedo contenerme, no puedo; ¡me gustan mucho las alhajas!»

Y hacía rodar entre sus dedos los collares de perlas, hacía brillar, deslumbradores, los cristales tallados, mientras repetía: «Observa qué bien hechos están; parecen finos.»

El sonreía, diciendo: «Tienes gustos de gitana.»

Algunas veces, por la noche, mientras estaban solos junto á la chimenea, sobre la mesita donde tomaban el te, colocaba ella la caja de tafilete donde guardaba la «quincalla», según expresión de Lantín, y examinaba las joyas con atención, apasionándose como si gozase un placer secreto y profundo; se obstinaba en poner un collar á su marido para echarse á reír, exclamando: «¡Qué mono estás!» Luego, arrojándose á sus brazos, le besaba locamente.

Una noche de invierno, al salir de la Opera, sintió un estremecimiento de frío. Por la mañana tuvo tos, y ocho días más tarde, murió de una pulmonía.

Lantín afectóse de tal modo, que á poco más también le entierran. Su desesperación fué tan grande, que sus cabellos encanecieron por completo en un mes. Lloraba día y noche, con el alma desgarrada por un dolor intolerable, acosado por los recuerdos, por la voz, por la sonrisa, por el perdido encanto de su muerta.

El tiempo no calmaba su amargura. Muchas veces, en las horas de oficina, mientras sus compañeros se agrupaban para comentar los sucesos del día, se le hinchaban de pronto los carrillos, se le arru-



gaba la nariz, se le llenaban de agua los ojos, y, haciendo una mueca triste, comenzaba á sollozar.

Había guardado intacta la habitación de su compañera, y encerrábase allí, diariamente, para pensar en la que fué su delicia; todos los muebles, y hasta sus trajes, continuaban en el mismo lugar, como ella los dejó.

Pero la vida se le hizo dificultosa. El sueldo, que manejado por su mujer, bastó para todas las necesidades de la casa, era insuficiente para él solo, y preguntábase con estupor, cómo se arreglaba ella para darle vinos excelentes y manjares delicados que ya no era posible adquirir con sus modestos recursos.

Contrajo algunas deudas, y, al fin, una mañana, ocho días antes de acabar el mes, faltándole dinero para todo, pensó vender algo, y acaso por ser lo que le había producido algún disgusto, resolvió desprenderse de la «quincalla», guardándole aún cierto rencor, porque su vista le amargaba un poco el recuerdo suave de su muerta.

Rebuscó entre las muchas alhajas de su esposa—la cual hasta los últimos días de su vida estuvo comprando, adquiriendo casi cada tarde una joya nueva—, y por fin se decidió por un hermoso collar de perlas que podía valer muy bien—á juicio de

Lantín—diez y seis ó diez y siete francos, pues era muy primoroso, á pesar de ser falso.

Se lo metió en el bolsillo, y de camino para el Ministerio, siguiendo los bulevares, buscó una joyería cualquiera.

Entró en una, bastante avergonzado de mostrar así su miseria yendo á vender una cosa de tan poco precio.

—Caballero—dijo al comerciante—, quisiera saber lo que puede valer esto.

El joyero tomó el collar, lo examinó, le dió vueltas, lo tanteó, cogió una lupa, llamó al dependiente, le hizo algunas indicaciones en voz baja, puso la joya sobre el mostrador y la miró de lejos para observar el efecto.

Lantín, molesto por aquellas prevenciones, disponíase á exclamar: «¡Oh!, ya sé que no vale nada», cuando el comerciante dijo:

—Caballero, esto vale de doce á quince mil francos; pero no puedo adquirirlo sin conocer su procedencia.

El viudo abrió unos ojos enormes, y quedóse con la boca abierta. Por fin balbuceó:

—¿Está usted seguro?...

El otro, atribuyendo á otra causa la sorpresa, añadió secamente:

—Puede ver si alguien se lo paga más; para mí vale sólo quince mil francos.

Lantin, completamente idiota, recogió el collar y se fué, obedeciendo á un deseo confuso de reflexionar á solas.

Pero en cuanto se vió en la calle, á poco suelta



la risa, pensando: «¡Imbécil! ¡Imbécil! Si le hubiese cogido la palabra... ¡Vaya un joyero, que no sabe distinguir lo bueno de lo falso!

Y entró en otra joyería de la calle de la Paz. En cuanto vió la joya el comerciante, dijo:

—¡Ah!, caramba; conozco muy bien este collar; ha salido de mi casa.

Lantin, desconcertado, preguntó:

—¿Cuánto vale?

—Caballero: yo lo vendí por veinticinco mil francos, y se lo tomaré á usted por diez y ocho mil, cuando me indique, para cumplir las prescripciones legales, cómo ha llegado á su poder.

Esta vez el pobre hombre tuvo que sentarse, anonadado por la sorpresa, insistiendo:

—Examínelo..: examínelo usted detenidamente; ¿no es falso?

El joyero añadió:

—¿Quiere usted darme su nombre, caballero?

—Sí, señor; me llamo Lantin; estoy empleado en el Ministerio del Interior, y vivo en la calle de los Mártires, 16.

El comerciante abrió sus libros, buscó y dijo:

—Este collar fué enviado, en efecto, á la señora de Lantin, calle de los Mártires, 16, en Julio de 1878.

Los dos hombres se miraron fijamente; el empleado estúpido por la sorpresa; el joyero creyendo háberselas con un ladrón.

El comerciante dijo:

—¿Accede á depositar esta joya en mi casa durante veinticuatro horas nada más, y mediante recibo?

Lantín balbuceó:

— Sí, sí; ya lo creo.

Y salió doblando el papel, que guardó en un bolsillo.

Luego cruzó la calle; anduvo hasta notar que había equivocado su camino, volvió hacia las Tullerías, pasó el Sena, vió que se equivocaba de nuevo, y retrocedió hasta los Campos Elíseos, sin ninguna idea clara. Esforzabase, queriendo razonar, comprender. Su esposa no pudo adquirir un objeto de tanto valor... De ningún modo... Luego ¡era un regalo! ¡Un regalo! Y, ¿de quién? ¿Por qué?

Se detuvo y quedó inmóvil en medio del paseo. La horrible duda le asaltó... ¿Ella?... ¡Y todas las demás joyas también serían regalos! Parecióle que la tierra temblaba, que un árbol se le venía encima, y, tendiendo los brazos, desplomóse.

Recobró el sentido en una farmacia donde los transeuntes que le recogieron le llevaron. Hízose acompañar á su casa y no quiso ver á nadie.

Hasta la noche lloró desesperadamente, mordiéndose el pañuelo para no gritar. Luego se fué á la cama rendido por la fatiga y la tristeza, y durmió con sueño pesado.

Despertóle un rayo de sol, y se levantó, vistiéndose despacio para ir á la oficina. Era muy duro

trabajar después de semejantes emociones. Reflexionó que podía excusarse con su jefe, y le puso una carta. Luego pensó que debía ir á la joyería y le ruborizó la vergüenza. Quedóse largo rato meditando; no era posible que se quedara el collar sin recoger. Vistióse y salió.

Hacía buen tiempo; el cielo azul, alegrando la ciudad, parecía sonreír. Dos transeuntes ociosos, andaban sin rumbo, lentamente, con las manos en los bolsillos.

Lantín pensó, al verlos: «Dichoso el que tiene una fortuna. Con el dinero pueden sacudirse todas las tristezas; uno va donde quiere, viaja, se distrae!... ¡Oh! ¡Si yo fuese rico!»

Sintió hambre, no habiendo comido desde la antevíspera. Pero no llevaba dinero, y volvió á preocuparse del collar. ¡Diez y ocho mil francos! ¡Diez y ocho mil francos!... ¡Era un buen pico!

Llegó á la calle de la Paz y comenzó á pasearse arriba y abajo, por la acera, frente á la joyería. ¡Diez y ocho mil francos! Veinte veces fué á entrar, siempre se detuvo avergonzado.

Pero tenía hambre, un hambre atroz, y ningún dinero. Por fin se decidió bruscamente, atravesó la calle, y corriendo, para no darse tiempo de reflexionar, se precipitó en la joyería.

El dueño apresuróse á ofrecerle una silla, sonriendo con finura. Los dependientes miraban á Lantín de reojo procurando contener la risa que les rezoza en el cuerpo.

El joyero dijo:

—Caballero, me informé ya, y si usted acepta mi proposición, puedo entregarle ahora mismo el precio de la joya.

El empleado balbuceó:

—Sí, sí; eso.

El comerciante sacó de un cajón diez y ocho billetes de mil francos y los entregó á Lantín, que firmó un recibo y se los guardó en el bolsillo con mano temblorosa.

Cuando se iba ya, volvióse hacia el joyero, que sonreía, y le dijo, bajando los ojos:

—Tengo... aún... otras joyas que han llegado hasta mí por el mismo conducto. ¿Le convendría comprármelas?

El comerciante respondió:

—Sin duda, caballero.

Uno de los dependientes vióse obligado á salir de la tienda para soltar la carcajada; otro se sonó con fuerza, pero Lantín, impasible, colorado y grave, prosiguió:

—Voy á traérselas á usted.

Y tomó un coche para ir á buscar las joyas.

Al volver á la joyería, una hora después, no se había desayunado aún. Comenzaron á examinar los objetos, pieza por pieza, tasándolos uno á uno. Casi todos eran de la misma casa.

Lantín discutía ya los precios, aferrándose, y exigía que le mostraran los comprobantes de las facturas, hablando cada vez más recio, á medida que la suma aumentaba.

Los dos solitarios de las orejas valían veinticinco mil francos; los broches, sortijas y medallones, diez y seis mil; un aderezo de esmeraldas y zafiros, catorce mil; las pulseras, treinta y cinco mil; un solitario, colgante de una cadena de oro, cuarenta mil; y ascendía todo á ciento noventa y seis mil francos.

El comerciante dijo con sorna:

—Esto es de alguien que debió emplear sus economías en joyas.

El empleado repuso gravemente:

—Cada cual emplea sus ahorros á su gusto.

Y se fué, habiendo convenido con el joyero que, al día siguiente, comprobarían la tasación.

Cuando estuvo en la calle, miró la columna Vendôme, y sintió deseos de gatear en ella como si le pareciese un mástil de cucaña. Sentíase ligero, con



ánimos para saltar por encima de la estatua del Emperador, puesta en lo alto.

Almorzó en el restaurant más lujoso y bebió vino de á veinte francos botella.

Después tomó un coche para que le llevase al



paseo, y miraba despreciativamente á los transeuntes, con ganas de gritar: «¡Soy rico! ¡Tengo doscientos mil francos!»

Acordóse de su oficina, y se hizo conducir al Ministerio. Entró en el despacho de su jefe, y le dijo con desenvoltura:

—Vengo á presentar mi dimisión, porque acabo

de tener una herencia de trescientos mil francos.

Luego fué á estrechar la mano de sus compañeros, y les dió cuenta de sus nuevos planes de vida. Por la noche comió en el café Inglés, lo más caro.

Viendo junto á él á un caballero, que le pareció distinguido, no pudo resistir la tentación de referirle, con mucha complacencia, que acababa de heredar cuatrocientos mil francos.

Por primera vez en su vida no se aburrió en el teatro, y pasó la noche con una moza.

Se volvió á casar al medio año. La segunda mujer—verdaderamente honrada—tenía un carácter insoportable, y le hizo sufrir lo indecible.

